

January 2013

Aulas expandidas: la potenciación de la educación presencial

Juan Carlos Asinsten

Virtual Educa, OEI, juank@tizaymouse.com

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Asinsten, J. C. (2013). Aulas expandidas: la potenciación de la educación presencial. *Revista de la Universidad de La Salle*, (60), 97-113.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Aulas expandidas: la potenciación de la educación presencial

Juan Carlos Asinsten*

■ Resumen

La ampliación de las aulas presenciales mediante el uso de diversas herramientas originalmente creadas para la virtualidad es un fenómeno que crece, desde hace tiempo, en la educación media y superior en nuestro continente. La reflexión teórica es más reciente y ocupa poco espacio en la voluminosa producción que centra su interés en lo más novedoso y sus potencialidades, tengan o no anclaje en la realidad de los sistemas educativos existentes. En este artículo nos proponemos reseñar lo que nos parece son los nodos centrales del desarrollo posible de esta expansión de las aulas presenciales, teniendo en cuenta algunas experiencias masivas de uso de campus y plataformas en educación superior.

Palabras clave: educación virtual, aulas presenciales, aulas virtuales, plataformas para educación, innovación educativa.

* Virtual Educa, Argentina. Especialista en diseño y comunicación. Posgrados de Especialista en Informática Educativa, UNED, España, y en Educación a Distancia, Universidad Caece. Profesor y coordinador general del posgrado internacional de Virtual Educa, OEI, y "Experto en Entornos Virtuales de Aprendizaje. Correo electrónico: juank@tizaymouse.com

Introducción

El concepto de aulas expandidas, extendidas o híbridas (Osorio, 2009) es relativamente nuevo, y viene a remplazar (para mejor) al del *blending learning* describiendo con mayor precisión conceptual la *ampliación* (y no *mezcla*) de las aulas presenciales mediante la incorporación de espacios y procedimientos utilizados habitualmente en la modalidad virtual. Aunque tiene que ver con el uso de TIC en la educación, consideramos que constituye un espacio diferenciado, que conviene analizar por separado en la búsqueda de criterios que nos permitan mejorar la calidad de la actividad educativa.

El uso de TIC en educación crece, de manera más espontánea que orientada

Comencemos por señalar que desde siempre, en los procesos educativos, una parte de los aprendizajes han sucedido (y suceden) fuera del espacio cerrado del aula. Desde el estudio individual o grupal de los alumnos en sus lugares de residencia o las conversaciones de pasillo o cafetería, hasta las visitas a laboratorios y talleres, a museos y bibliotecas, para dar solo algunos ejemplos sencillos y obvios. Lo nuevo, entonces, no es tanto la apertura de las aulas sino el tipo de herramientas y procedimientos, y las potencialidades que agregan los mismos.

El uso de TIC en procesos educativos no es nuevo. Ya desde los años noventa del siglo pasado se fueron desarrollando experiencias, la mayor parte de las mismas en el nivel primario. Pero la expansión (explosiva) del uso de computadoras e internet, en particular durante la última década, extendió estas prácticas a todos los niveles educativos, aunque con intensidades y profundidades extremadamente heterogéneas.

Los actores vienen siendo alumnos (individualmente o en grupo) y docentes innovadores que utilizan recursos tecnológicos por iniciativa personal. Instituciones públicas y privadas, por iniciativa de sus directivos o sistemas educativos que lo hacen en forma integral y planificada.

Podemos decir, de manera general, que en educación media y superior es bastante habitual el uso de computadoras para producir textos y del correo

electrónico y el chat para comunicarse (reemplazados recientemente por las redes sociales). En muchos casos los estudiantes intercambian información, documentos, consultas y se ayudan mutuamente utilizando esas herramientas y muchos profesores distribuyen materiales didácticos en formatos digitales (reemplazando las fotocopias tradicionales), reciben los trabajos de sus alumnos por correo electrónico y realizan correcciones y comentarios a los mismos por esos medios.

Son bastante menos comunes los casos de uso de materiales didácticos en formatos no textuales (videos, multimedia, *slideshows*) y, más reducidos aún, los de los docentes que producen sus propios materiales en formatos no tradicionales. Aunque en este terreno también se crece y avanza.

Estas realidades, que describimos intencionadamente de manera genérica, imprecisa y no cuantificada (porque los escenarios son muy diversos), nos permiten pensar que existen condiciones básicas para aspirar a un uso más profundo, productivo y sistematizado de las TIC para mejorar la calidad de la educación.

Aulas presenciales, aulas virtuales

Inés Dussel (2011) define el aula como “una estructura material y una estructura de comunicación entre sujetos”. A su vez, Tiffin y Rajasingham (1997) la describen como “un sistema de comunicación para la instrucción que ha perdurado con el tiempo y ha tenido un gran éxito”, y puntualizan “el aula es un lugar para aprender de segunda mano acerca del mundo a través de palabras, números, imágenes y diagramas de diversos tipos”. Ambas definiciones (podríamos citar muchas más de sentido similar) nos permiten afirmar que las fronteras entre las aulas físicas y las virtuales es más difusa de lo que pareciera en una mirada superficial. Analizaremos por separado los dos aspectos: la estructura material y sus funciones, y el aula como sistema de comunicación.

La estructura material del aula

Para cualquier observador, hay una distancia sideral entre los ceros y unos de las aulas virtuales, espacios planos, coloridos e inasibles en los monitores de

nuestras computadoras, y las aulas físicas, sean estas sólidas construcciones de ladrillo, precarias chozas o un simple rincón aislado de la aldea, bajo un árbol.

Pero si obviamos este dato y nos concentramos en las funciones de esas construcciones, veremos que en todos los casos se trata de establecer un “adentro” y un “afuera”. El adentro es el espacio en el que solo pueden ingresar los alumnos y el docente. El afuera es el lugar donde deben quedar el resto de las personas, sus actividades, sus ruidos y todo lo que pueda funcionar como estímulo ajeno a los objetivos del grupo. Aún en el caso de que no exista el aula, y la clase se desarrolle al aire libre, el grupo buscará un espacio alejado de otros elementos distractores.

El aula virtual funciona de idéntica manera: a ella solo pueden ingresar los miembros del grupo y sus comunicaciones no se mezclan con la de personas que no están trabajando en el mismo proceso educativo. El “ruido” comunicativo queda afuera. Se hace muy difícil llevar un curso virtual utilizando una red social abierta. Cuando el soporte de un proyecto educativo es una red social, lo que se hace habitualmente es crear un espacio cerrado, imitando el aula virtual.

Desde luego que las aulas virtuales, como las presenciales, poseen múltiples ventanas para mirar hacia fuera. Y puertas para *salir*, cuando es necesario. No hay contradicción entre ambos conceptos. Se complementan. Recordemos la definición citada más arriba: el aprender *de segunda mano* significa que los objetos de conocimiento no son (en general) los del mundo real, sino que están mediatizados por sistemas de códigos. El separar el *adentro* del *afuera* es funcional al mejor funcionamiento de esos sistemas de códigos.

El aula como sistema de comunicación

Insistimos: el hecho educativo es profunda, esencialmente comunicacional. La relación pedagógica es en su fundamento una relación entre seres que se comunican, que interactúan, que se construyen en la interlocución.
Prieto Castillo (1999)

La idea de aprender sobre el mundo (que está afuera del aula) mediante sistemas simbólicos cierra la aparente brecha entre aulas físicas, presenciales, y aulas virtuales. Pensar el aula como una estructura comunicacional, en la que tienen lugar intercambios simbólicos (comunicación educativa) entre los actores, abre un espacio que entendemos fructífero para el análisis teórico y para orientar las prácticas pedagógicas.

Los sistemas de comunicación comparados

En un aula presencial funcionan varios tipos de sistemas comunicativos. Cada uno de ellos tiene su correlato en el aula virtual, aunque las funciones se desdoblén o se agrupen de otra manera. Veamos:

- *Uno a muchos.* El docente cuando habla al grupo, explicando, desarrollando su clase. En el aula virtual ese modo se materializa en la clase virtual, en los materiales didácticos y, eventualmente, en los foros.
- *Uno a uno en público.* Un alumno emite una opinión o le hace una consulta al docente, y éste la responde, pero todo el grupo escucha. En el aula virtual: en los foros de consulta o debate.
- *Uno a uno en privado.* Un alumno se acerca al profesor al finalizar la clase y consulta. El profesor le responde. En el aula virtual, el correo interno del aula.
- *Uno a uno en privado (alumnos).* Los alumnos dialogan entre sí, en privado. Puede ser también *uno a pocos*. Correo interno del aula.
- *Todos a todos.* Profesor y alumnos debaten, intercambian, comparten, de manera pública, en el aula. Foros, en los que todos leen lo que publica el resto.
- *Trabajo colectivo en pequeño grupo.* Una parte de los alumnos se reúne para realizar una actividad como parte de sus aprendizajes. *Foro grupal, dentro del aula, pero al que sólo acceden los integrantes del grupo.*

En estos modelos típicos falta otro modo, no institucionalizado, de comunicación: *el pasillo*. El intercambio informal entre alumnos, libre, no reglado, en el que se comparten situaciones, dificultades, incomprendiones, problemas. Esos intercambios suelen ser parte importante de los procesos de aprendizaje, aunque habitualmente no se los considera en los análisis. Decimos el pasillo y no *la cafetería* para marcar la cercanía con el aula, el momento de salida, o el previo al inicio de la clase. Momentos en que los intercambios se focalizan, en parte, sobre los temas de estudio, lo que se entiende, lo que no se entiende.

En el campus virtual en el que trabajo tenemos, por supuesto, una cafetería, un espacio abierto no reglado, al que tienen acceso todos los integrantes de la comunidad educativa. Pero desde hace tiempo, incluimos también, en cada aula, un foro de participación libre, no regulado, donde los alumnos se presentan, comentan sus expectativas y dificultades, se acompañan y aconsejan. No siempre funcionan exitosamente. Depende (como en la presencialidad) de la calidad del grupo, de su propensión o no a compartir con sus compañeros. Pero tenemos experiencias muy exitosas, en las que el colectivo contiene a los más angustiados por las dificultades, y en las que la ayuda a muchos temas la dan los propios alumnos, sin que intervenga el docente.

Resumiendo: también en las aulas virtuales se aprende *de segunda mano* sobre lo que sucede afuera, utilizando sistemas simbólicos (lenguajes). Esos lenguajes difieren muy poco en ambos tipos de aulas. El lenguaje oral es remplazado, mayoritariamente, por el escrito, pero el resto de los lenguajes es el mismo: imágenes, diagramas, mapas, esquemas, videos, animaciones (claro que algunos de estos lenguajes son más sencillos de utilizar en el aula virtual).

Plataformas, redes, espacios web 2.0

El tipo de aula virtual al que nos hemos estado refiriendo es el que se incluye en las plataformas o *learning management system* (LMS), un sistema para la gestión del aprendizaje. Para muchas instituciones este recurso puede resultar necesario y hasta indispensable. Pero los docentes que deseen implementar estas metodologías, pueden acudir a recursos menos “onerosos” en términos de aprendizajes, como las redes sociales que permiten armar grupos cerrados,

y otros espacios de la web 2.0 (repositorios, sitios de foros, etc.) según lo que deseen llevar a la práctica.

Para distribuir materiales digitalizados, sobre todo textos, recibir los trabajos de los alumnos y algunas consultas, una cuenta de correo electrónico puede ser suficiente. Las redes sociales permiten realizar muchas de las actividades: armar grupos cerrados, repositorio de documentos, salas de chat privadas, foros privados. Mucho más de lo que utilizan la mayor parte de los docentes. Sin embargo, nuestra preferencia se inclina, en todos los casos, por la utilización de aulas virtuales completas. Las hay de muchos niveles, simples y completas, gratuitas o de aranceles muy bajos.

Nuestra preferencia se fundamenta en que las plataformas y sus aulas virtuales han sido diseñadas como herramientas para la educación. Además de las herramientas obvias, incluye otras de gestión y control muy útiles. Por ejemplo, en muchas plataformas el profesor puede saber si un correo electrónico (que llega seguro) ha sido abierto por el alumno, y en qué momento. También el alumno puede conocer si su docente recibió el correo electrónico y si lo abrió, incluyendo fecha y hora. El docente puede conocer también si cada alumno accedió a materiales didácticos de lectura obligatoria, si le resulta necesario. Las restricciones y permisos de acceso suelen ser mucho más configurables en las plataformas que en las redes sociales.

Desde luego que las herramientas de control de las plataformas no evalúan, no pueden informar si el alumno lee ni mucho menos si comprende los contenidos puestos a su disposición. La información que provee solo es un insumo más en el seguimiento de la actividad. Otras de las ventajas es tener toda la información concentrada en un solo lugar. La utilización de varios espacios en los que se reparten las funcionalidades no tiene ningún sentido pedagógico y solamente agrega dispersión, ruido y distractores. Para las instituciones la elección obligada debería ser el uso de plataformas, ya que las mismas cuentan con herramientas administrativas importantes, y la posibilidad de encauzar parte de la gestión con alumnos y docentes concentradas en la misma herramienta.

Funcionalidades de las aulas virtuales

Según las plataformas (existen varios cientos de ellas) las funcionalidades son variables, pero las principales están presentes en todas (no conocemos ninguna investigación comparativa total). Revisaremos las principales, comentando los posibles usos y estrategias en aulas expandidas.

- Correo interno. Seguro, con información sobre acceso del destinatario y posibilidad de adjuntar archivos (configurable).
- Repositorio de material didáctico digitalizado. Siempre al alcance de los estudiantes. De producción propia (de la institución, del docente) o de terceros. Desde luego que suministrar materiales de lectura o multimedia no significa que no se pueda complementar con la búsqueda de otras fuentes por parte de los estudiantes.
- Espacios de publicaciones auxiliares para normativas en línea, información de cursado, etc. Espacios para publicar direcciones de sitios web necesarios o útiles. Información que corresponde a la guía didáctica de la materia o curso.
- Agenda configurable. Almanagues. Para señalar las fechas significativas del cursado y/o que los estudiantes armen sus listas de compromisos académicos o no.
- Sala de chat. Generalmente más limitada que los espacios dedicados, como *Skype*). Pero suficientes.
- Espacio para *foros*. Admiten variados usos. Desde el clásico de debates sobre temas puntuales, hasta espacios específicos de consultas, dudas o simplemente intercambio social entre los estudiantes. Los foros son un interesante espacio de trabajo para *producciones grupales*, ya que queda el registro de la participación de cada integrante del grupo: un historial de trabajo que se puede consultar en cualquier momento. Al docente le sirve para hacer un seguimiento, y evitar que uno o dos monopolicen la actividad o que algunos participen solo a la hora de *cosechar*.

- La negociación en el grupo de trabajo, realizada por escrito, es más exigente que el intercambio verbal. Exige una mayor estructuración de argumentos y obliga a reflexionar con una cierta profundidad, enriqueciendo el proceso de aprendizaje.
- Espacio de publicación de clases virtuales. Sobre el que nos detenemos aparte.

La clase ha muerto... ¡Viva la clase!

El concepto de clase está bastante devaluado en cierta literatura (sobre todo *ciberliteratura*). Se la objeta desde lo etimológico, como si lo de *dictar clase*, por ejemplo, tuviera hoy el mismo significado que en la época en que los profesores dictaban el texto de un libro para que sus estudiantes lo copien en sus cuadernos.

Desde una perspectiva más seria, se la objeta junto con el concepto de *enseñanza*, contraponiéndolos a los aprendizajes, que serían mejores, más amplios, más profundos, cuanto más lejos y ausente esté el docente. Nadie duda de que la educación necesita actualizarse. Y que la clase magistral, por sí sola, no es suficiente. Pero generalizar las posibilidades del autoaprendizaje, muy propio de personas formadas, que saben lo que quieren y cómo obtenerlo (en cuanto a nuevos conocimientos) y desde allí proclamar la obsolescencia de la enseñanza nos parece, por lo menos, temerario.

Curiosamente, ese discurso, habitualmente generado desde afuera de los sistemas educativos, pareciera considerar que la clase magistral, transmisiva, unidireccional se lava de todos sus pecados pedagógicos si es grabada como video digital y subida a YouTube, convirtiéndose, mágicamente, en objeto de aprendizaje.

Rescatamos el rol del profesor, de la enseñanza, de la clase, que desde luego, no se limita a la transmisión de información disciplinar, al discurso unidireccional docente. Desde hace muchos años que venimos trabajando (no solo desde el discurso) por la innovación en educación, por la incorporación de las tecnologías más actuales, por incrementar el lugar de la actividad del estudiante en sus propios aprendizajes. Pero sin la negación iconoclasta de toda la herencia

que la humanidad construyó a lo largo de su existencia. Por el contrario, hay mucho de bueno en *lo viejo*, que ahora se pretende presentar como *lo nuevo*, mediante el truco de rebautizarlo.

El aprendizaje basado en la actividad del que aprende fue el núcleo de las propuestas de la llamada Escuela Nueva o Escuela Activa (Dewey, Montessori, Jesualdo, Iglesias, etc.) cuando apenas nacía el siglo pasado. Que el aprendizaje entre pares puede ser muy fructífero impregna toda la obra de Vigotsky y, más acá, encontramos entusiastas aportes de Paulo Freire. La importancia de trabajar en proyectos reales, que interesen al que aprende, es uno de los aportes más conocidos del constructivismo piagetiano. Solo para dar algunos ejemplos fáciles.

En esa tradición es que rescatamos la idea de enseñanza, como la función docente de ayudar a aprender, transmitiendo información disciplinar, pero, sobre todo, organizando y secuenciando los ambientes de aprendizaje que propician los mismos a través de la actividad de los estudiantes. “Como educador me dedico a promover y acompañar aprendizajes, a colaborar en la construcción de puentes entre lo que alguien sabe y lo que puede llegar a saber, a escuchar, a conversar” (Prieto, 2010).

Propuesta de modelo

Esta propuesta se basa en la experiencia de nuestro trabajo en entornos virtuales, y la que se lleva a cabo en la red del Instituto Nacional de Formación Docente (INFD) que detallamos más adelante. Aunque la clase virtual no es idéntica cuando se escribe para un aula totalmente virtual que cuando se produce para un aula expandida o extendida, los elementos comunes son más que los que los diferencian.

Un elemento importante de la propuesta es que la clase virtual se convierta en el centro de la gestión del cursado, entendiendo por gestión, al conjunto de acciones que docentes y alumnos deben realizar para alcanzar los objetivos formativos planteados. Ese conjunto de acciones deben organizarse, estructurarse, jerarquizarse y ser nítidamente visibles para que todos los actores del

proceso de enseñanza y de aprendizaje sepan, en todo momento, en qué etapa están y qué pasos deben dar en lo mediato y lo inmediato. Al estar publicadas por escrito, al alcance de todos en cualquier momento, elimina las ambigüedades, las falsas interpretaciones y, por qué no, algunos pretextos (*yo no estaba...*).

La clase es también el espacio principal donde se desarrolla el discurso docente. En el caso de las aulas expandidas ese discurso puede desdoblarse, trasladando a la clase virtual la transmisión (previa) de información disciplinar, y reservando para la presencial, las acciones de transposición didáctica del docente. Puede, a la vez, ser el centralizador y organizador de toda la información necesaria para el estudio. No reemplaza a los materiales escritos, sino que facilita el acceso a los mismos y cumple con todas las funciones de una clase presencial.

¿Qué hace un buen profesor cuando *da clase* (o cuando *imparte su clase*)?

La que sigue no es la única respuesta posible. Es una entre muchas, dependiendo del nivel educativo, de la especificidad disciplinar, del momento de la carrera, etcétera. Pero la lista puede ayudarnos a rescatar de las prácticas docentes, y de nuestras propias prácticas, aquellos elementos positivos que deberemos intentar desarrollar también en nuestras clases virtuales. Estas *acciones en la clase*, o que *constituyen la clase*, se relacionan con las *estrategias didácticas de enseñanza*:

Explica. La explicación es un tipo de discurso que modifica al objeto a explicar de manera de hacerlo más inteligible, más comprensible. Esta explicación es una de las principales funciones del discurso docente. Resulta parte esencial del acto de dar clase:

Ahora bien, aunque el significado de 'explicar' es ambiguo, y aunque las disciplinas y escuelas que toman por objeto la explicación difieren en sus consideraciones, se hallará siempre una constante: la idea de desenvolver lo que estaba envuelto, desplegar algo ante la visión intelectual, hacer claro lo confuso. Es evidente, entonces, la importancia que tiene el tema para quienes se preocupan por la transmisión y adquisición de conocimientos (Zamudio y Atorresi, 2000).

- *Muestra.* Una parte de la actividad docente en el aula consiste en desplegar ante la vista de los alumnos información relevante para la comprensión de los temas expuestos: fotografías, mapas, esquemas, gráficos, infografías, dibujos, mapas conceptuales, diagramas, materiales concretos, son algunos de los elementos con los que, en proyecciones, láminas, rotafolios o mediante la antigua y vigente tecnología de tiza y pizarrón, el docente brinda a sus alumnos información visual para ayudarlos a aprender. La clase virtual facilita ampliar el repertorio de materiales, incluyendo muy fácilmente videos y otros recursos audiovisuales y multimedia. La clase virtual no solo facilita la inclusión de videos o materiales multimedia integrados al discurso docente, sino que posibilita que los estudiantes accedan a los mismos en el momento que prefieran, con la cantidad de repeticiones necesarias.
- *Demuestra.* Podemos decir que una demostración en el aula consiste en el desarrollo de pasos lógicos para poner en evidencia la veracidad de las premisas enunciadas.
- *Amplía/desarrolla.* Desarrollar viene de *extender un rollo*, dejando a la vista lo que estaba oculto. Cuando el docente desarrolla un tema, expone aspectos no enunciados antes, amplía lo expresado en resúmenes y textos auxiliares. La ampliación y desarrollo aporta una masa de información adicional, la que incrementa el panorama, aportando nuevos elementos de juicio.
- *Resume/sintetiza.* Muchas veces es necesaria la función inversa: un tema demasiado amplio, que podría producir confusión y pérdida de los ejes principales, necesita ser resumido o sintetizado por el profesor, que brinda a sus alumnos una versión reducida a los términos esenciales del contenido que se aborda, identificando los puntos principales o esenciales.
- *Inserta interrogantes.* Un discurso disciplinar compuesto de aseveraciones completas, no siempre motiva la imprescindible reflexión necesaria para los aprendizajes. El profesor puede introducir interrogantes que guíen esa reflexión. Al decir de Carilino (2005) "Las preguntas son categorías de análisis".

- *Significa*. Ayuda a comprender el sentido que tienen las lecturas propuestas, las actividades y los contenidos que se abordan.
- *Desarrolla guías de lectura*. Ayuda a que los estudiantes aprendan qué preguntas hacerles a los textos (Carilino, 2005).
- *Transmite información disciplinar*. La transmisión de información disciplinar no es por sí misma la enseñanza. Pero sin ella la enseñanza no existe. La información disciplinar es la materia prima de los aprendizajes.
- *Establece las consignas de trabajo*. Es lo más importante. Organiza las actividades de aprendizaje, consignando con claridad el modo de realizarlas y los plazos para cada una.

Como podemos ver, no hay nada en todos estos componentes de la clase que sean diferentes en la presencialidad y en la virtualidad. Nos referimos a la funcionalidad, desde luego. Decíamos, más arriba, que la clase virtual funciona (puede funcionar) como organizador. Esa función la cumple de varios modos:

- *Centralizando el acceso* a los materiales didácticos. Y a toda la información necesaria para cursar. No somos partidarios de las “búsquedas del tesoro”. En nuestra abundante experiencia, en la actualidad, la mayor parte de los adultos que acceden a proyectos de formación virtual tienen dificultades para moverse con soltura en esos espacios.
- *Marcando un ritmo* que ayude a los estudiantes a trabajar con regularidad y de manera permanente. Según Osorio (2009), constituye un puente, una solución de continuidad entre las clases presenciales de frecuencia generalmente semanal.
- *Gestionando los foros*. Aunque los mismos se realizan en el espacio específico, la significación, el lugar que ocupan en el proceso de aprendizaje concreto, se trabaja en la clase.

- *Retroalimentando*. Utilizamos un tipo especial de clase, al finalizar cada uno de los módulos temáticos. La *clase final*, en la que el docente resume las conclusiones del grupo de estudio y define pautas para seguir aprendiendo sobre el tema, en dirección a que “en una cultura del pensamiento, la re-alimentación debe ser informativa y tiene que estar centrada en el aprendizaje. Es decir, debe proporcionar a los alumnos información útil sobre sus conductas de pensamiento, información que pueda ayudarlos a aprender a pensar mejor” (Perkins et al. 2006).

La clase virtual es también el espacio ideal para que el discurso (virtual) docente deje de ser “puro texto”. El discurso multimedia puede desplegarse en el lugar y el momento justo, intercalado allí donde el video, la animación, la ilustración, tiene sentido y se *integra* al resto de la clase.

Editán los propios docentes

Creemos que la edición de las clases debe estar en manos de cada docente. Y que los mismos deben ir adquiriendo las competencias para eso. La idea de equipos *multidisciplinarios* centralizados es, por lo menos, ingenua. Esos equipos, en el caso de tener existencia real, deberían dedicar su tiempo a preparar materiales didácticos multimedia los que sí, están fuera del alcance de los docentes no informáticos.

Pero pretender que equipos centralizados se hagan cargo de la edición de las clases, el formateo de las mismas y la actualización permanente es una idea utópica. Hacer un poco de números en cualquier institución demostrará esto que afirmamos. Cuando se sale del terreno experimental (un aula, un par de clases para probar...) no hay equipo que pueda dar respuesta en tiempo y forma a las demandas, que serán siempre crecientes.

Actividades de aprendizaje en el aula presencial

La clase virtual facilita la utilización de las horas presenciales disponibles para realizar allí las actividades de aprendizaje, bajo la guía y con la ayuda del docente. La clase virtual puede anticipar la entrega de la información disciplinar pro-

cesada didácticamente, en el modo llamado rebautizado, en realidad la clase al revés (*flipped classroom*). El concepto principal es aprovechar la clase presencial para aquello en lo que el papel del docente es más importante (guiar y ayudar a los aprendizajes) utilizando los espacios virtuales para tareas de transmisión, información de normativas, desarrollo de contenidos o gestión. Y el rol del docente se potencia en el momento de ayudar a los estudiantes a desarrollar con éxito sus actividades de aprendizaje.

Señalemos que el consenso general acerca de la importancia de la actividad del estudiante en sus propios aprendizajes no debería convertirse en un dogma. Los estudiantes no pueden aprender todo por descubrimiento. No pueden reproducir en su corta vida de alumnos el camino de construcción de conocimiento de la humanidad. El aprendizaje mediante actividades diseñadas con ese fin debe, sin duda, tener un espacio importante en el repertorio de recursos que los docentes despliegan para ayudar a sus alumnos a aprender, pero parte de esos aprendizajes se realizarán mediante la transmisión de información disciplinar, la explicación, el desarrollo y otros recursos didácticos.

Señalemos que el aprendizaje mediante el desarrollo de actividades individuales o grupales (mucho más en este último caso) consumen mucho más tiempo que los otros recursos didácticos mencionados. Con la dificultad adicional que los estudiantes, formados, en general, en ambientes de estudio competitivos, tienen dificultades para el trabajo grupal colaborativo. Trabajar en grupo requiere aprender a hacerlo.

También desmitifiquemos: muchos estudiantes (jóvenes o adultos) no se entusiasman a la hora de tener que trabajar, producir, completar las actividades que se les solicitan.

Está sucediendo

Como escribimos al principio, todo esto está sucediendo. Es decir, no se trata de “experiencias” aisladas, realizadas en condiciones especiales no reproducibles ni aplicables en escala masiva. Docentes e instituciones avanzan, de a poco, en la expansión de sus aulas presenciales. Pero esto no solo sucede por

iniciativas individuales o institucionales aisladas. Aunque los ejemplos de iniciativas desde el sistema educativo son todavía pocas, la experiencia del Instituto Nacional de Formación Docente del Ministerio de Educación de la Argentina muestra la dimensión del *está sucediendo*.

En el 2007 comenzó el proceso de formación de una red nacional de nodos que abarca todos los institutos superiores de formación docente de gestión pública del país. Cada nodo (basado en la plataforma de e-educativa) consiste en un campus virtual, una web de diseño basada en plantillas y un blog. En cada nodo se designó un *facilitador* (coordinador), generalmente un docente de la institución y se comenzó un trabajo de formación de los mismos.

En la actualidad la red cuenta con 772 campus (sobre unos 1200 institutos de gestión pública o privada), un total de 28.514 aulas virtuales y más de 216 mil usuarios únicos. 2500 facilitadores coordinan la gestión de los campus, las webs y los blogs. El promedio de cuarenta aulas y más de tres facilitadores por instituto dan cuenta de la magnitud del desarrollo. Hay que tener en cuenta que muchos institutos son pequeños, con una sola carrera, por lo que las cifras son mayores en profesorado más grandes.

La red tuvo un crecimiento masivo en el 2009, cuando la epidemia de gripe A obligó a cerrar los establecimientos educacionales. En los que ya existía un trabajo incipiente fue posible poner en marcha rápidamente aulas virtuales, que permitieron a docentes y estudiantes continuar trabajando hasta que pudieron volver al cursado presencial.

Actualmente el desarrollo y uso de la red es muy heterogéneo. No existe obligatoriedad y la calidad (y cantidad) del aprovechamiento del recurso depende de los directivos, facilitadores y docentes. De sus inquietudes, formación y disposición. Las características de los diversos usos responden a la descripción que hicimos al principio.

Camino al andar

Conviene insistir: todo esto es un proceso, largo, heterogéneo, con avances y retrocesos. No se resuelve con normativas, ni hay fórmulas mágicas. Las buenas decisiones institucionales, la promoción de las innovaciones por directivos y coordinadores, el estímulo a los docentes que se esfuerzan en ese camino ayudan. Pero no hay magia, no hay atajos. Lo importante: estamos caminando. Y haciendo camino al andar.

Bibliografía

- Carlino, P. (2005). *Escribir, leer y aprender en la universidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Dussel, I. (2011). *Aprender y enseñar en la cultura digital*. Buenos Aires: Fundación Santillana.
- Osorio, L. (2009). *Características de los ambientes híbridos de aprendizaje: estudio de caso de un programa de posgrado de la Universidad de los Andes*. Barcelona: UOC.
- Perkins, D., Tishman, S. y Jay, E. (2006). *Un aula para pensar. Aprender y enseñar en una cultura del pensamiento*. Buenos Aires: Aique.
- Prieto, D. (1999). *La comunicación en la educación*. Buenos Aires: Ciccus/La Crujía.
- Prieto, D. (2010). Construir nuestra palabra de educadores. En *Educomunicación, más allá del 2.0*. Barcelona: Gedisa.
- Tiffin, J. y Rajasingham, L. (1997). *En busca de la clase virtual. La educación en la sociedad de la información*. Buenos Aires: Paidós.
- Zamudio, B. y Atorresi, A. (2000). *La explicación*. Buenos Aires: Eudeba, UBA.